

LOS CONFLICTOS DE JESÚS ¹

UNA MIRADA AIRADA

Marcos 3, 1 - 6

Introducción

Estamos ante el último relato de la quintuple serie de conflictos de Jesús en la primera parte del evangelio de Marcos correspondiente a la actuación de Jesús en Galilea; desde el margen político, social y religioso alborea de manera decidida la soberanía de Dios en medio de su pueblo.

El relato está revestido de un dramatismo mayor donde confluyen dos perspectivas contrastantes e irreconciliables, chocan entre sí frontalmente sin ceder un palmo en la defensa de su propia reivindicación. El ambiente social, aparentemente tranquilo y sencillo de Galilea, se caldea y no por la presencia de las fuerzas armadas romanas que estaban acantonadas a unos cuantos kilómetros, sino por la confrontación radical del poder político y religioso contra un movimiento emergente de renovación radical del pueblo encabezado por Jesús y sus seguidores.

Existe en el relato una pregunta fundamental lanzada por Jesús: “¿Qué está permitido hacer en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o matar?” (v. 4) Tal pregunta va a dirimir de manera cruel y contradictoria la trama del enfrentamiento; habrá que tenerla muy en cuenta a lo largo de nuestra exposición. En el nivel literario, la trama del relato es narrada en un lenguaje sencillo y preciso, sin embargo está estructurada a base de una serie ternaria de acciones antitéticas; están marcadas por la iniciativa de Jesús y la reacción de otros actores ante tales provocaciones. Tendríamos el esquema A-B; A'-B'; A''-B''; para un lector acostumbrado a las estrategias literarias hebreas, se trata de un supremo o máximo conflicto (un superlativo) y el movimiento interno de las mismas puede describirse con una clave musical: In crescendo.

La última observación literaria es que en este relato, Jesús aparece y actúa solo; no lo acompañan ni sus discípulos, ni la multitud, ni los invitados a la comida del escándalo.

1. Primera Antítesis (A-B)

Jesús decidió participar en la celebración del sábado en la sinagoga, y ahí estaba un hombre con un brazo atrofiado, un minusválido.

La sinagoga es un nombre griego para definir la construcción donde se llevaba a cabo la liturgia del sábado que tenía un orden preciso ya establecido: desde las bendiciones de inicio, pasando por las lecturas del Pentateuco –Torá– y los Profetas –Libros proféticos e históricos–, el comentario de parte del jefe de la sinagoga y los diálogos consecuentes al respecto para terminar con las bendiciones finales. De hecho, συναγωγή del verbo συναγω, significa reunirse en un lugar común o para un acto en común, por lo tanto, reunión o asamblea.²

La significación del sábado, que ya vimos en el relato anterior, entra totalmente en juego.

Jesús se encuentra con un hecho contrastante: la presencia del hombre del brazo paralizado o atrofiado. Retomamos para descubrir la acción consecuente de Jesús, que todo judío creyente participando a la liturgia sinagoga y la comunidad entera celebraba dos dimensiones de acontecimientos fundantes: La creación y la liberación de la esclavitud.

¹ Quinta parte de la serie: “Los conflictos de Jesús. ¿Cómo abordar nuestros conflictos actuales?”, de Octavio Mondragón Alanís, C.P.

² En el entorno del judaísmo helenístico el nombre de la sinagoga era –προσευχη– Oración; casa de oración. Además en la mayoría de las sinagogas contaban con el servicio de aprender a leer los textos sagrados y conocerlos desde niños; ese espacio era llamado en hebreo Beth ha Seper, es decir, la casa del libro o del aprendizaje.

Ese ser humano ahí presente era una situación de contraste en relación con el acto creador de Dios y con el acontecimiento liberador de Dios a favor de las víctimas de un sistema sociopolítico. A cualquier judío acostumbrado a participar en la celebración del sábado eso lo debería quedar patente y no había manera congruente de esquivarlo, habría que enfrentar tal situación para remediarla.³

El autor esconde en el silencio lo que Jesús estaba experimentando y decidiendo ante tal ser humano, donde si Dios mismo se mirara no encontraría nítida su imagen de creador y liberador.

“Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado y acusarlo” (v. 2). Este es el polo opuesto. No se dice quiénes son, más tarde aparecerán: Los Fariseos y los Herodianos. Lo que importa es la intencionalidad que los califica: poder acusarlo. Hay una ironía mordaz en el relato; es sábado día de contemplación de lo primordial en la creación y en la historia del pueblo de parte de Dios, estar totalmente atentos a la revelación de Dios y, sin embargo, ellos están “al acecho”. Cualquier lector les podría preguntar de acuerdo con el centro del relato: ¿Se puede acechar en día sábado para perseguir los propios intereses y mantener el poder y el control sobre el pueblo? Vaya paradoja, los que están decididos al estricto cumplimiento del sábado, resulta que son quienes no lo valoran y asumen una conducta totalmente contraria a la dinámica interna y específica del sábado.

Aquí se parten las aguas: o no miraron, o no descubrieron, o no les importó en lo más mínimo la situación del hombre del brazo paralizado que estaba ante sus ojos. ¿Qué es entonces lo que les importaba en la casa de oración en sábado? Resulta obvio y con esta actitud, la historia de desgracia de aquel hombre seguiría su curso como destino ineluctable por más sábados que se pudiesen celebrar en las sinagogas.

Podemos hacer una pequeña pausa en el recorrido del texto y preguntarnos si algo de esto está sucediendo hoy en nuestro país en los momentos en que la vida de muchos hermanos nuestros desaparece sin pena ni gloria o corre el inminente peligro de desaparecer. También hoy se dan asambleas, reuniones, manifestaciones en diversos tipos de casas: la casa del dinero, la casa del poder, la casa de los cultos, la casa de la justicia, la casa de los bien pensantes, la casa de los medios de comunicación y, sin embargo, en esas casas no entra en consideración primaria la desgracia de las víctimas inocentes; es muy otra la finalidad que ahí se pone en juego en buena parte de los casos.

¿No será que hemos establecido una lógica fariseo-herodiana también en nuestros días? Y bueno, no soy juez de nadie, pero este tipo de actitud pulula en nuestro ambiente político, social y económico. A quién se le ocurre, irónicamente, reivindicar los derechos inalienables para volver a echar a andar las grandes empresas que reactiven la economía de México y no pagan impuestos desde hace varios años antes de que el fantasma ominoso de la Pandemia se paseara en nuestro ambiente desnudando mentiras y aumentando el número de muertes antes de tiempo. El síndrome fariseo-herodiano con que se topó Jesús hace dos mil años todavía hoy goza de buena salud y efectividad, no sólo en México, sino en muchos países.

2. Segunda Antítesis (A'-B')

Jesús asume el doble reto: el de ese ser humano con su brazo paralizado y la peligrosa actitud de quienes están al acecho para acusarlo. Esto no es solamente honestidad intelectual; no, ésta es la clara manifestación por parte de Jesús que goza y decide poner en juego una inmensa libertad liberadora.

“Jesús le dijo al del brazo atrofiado: Levántate y ponte ahí en medio. Y a ellos les preguntó: ¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o matar?” (vv. 3-4)

³ Vicent Taylor. O.c. p. 248 dice: “Jerónimo dice que, según el Evangelio a los Hebreos, el enfermo era un albañil que se dirigió a Jesús con estas palabras: «Yo era un albañil que me ganaba el sustento con mis propias manos; te ruego, Jesús, que me devuelvas la salud para que no tenga que mendigar mi alimento». Tal obra citada por San Jerónimo es un evangelio apócrifo muy antiguo que con gran probabilidad se compuso en Siria alrededor de los inicios del s. II d.C. Qué lector no se da cuenta de la percepción del pasado, presente y futuro de una existencia humana minusválida en medio de su sociedad.

Este Jesús es grandioso, no caben adjetivos para admirarlo en pleno; no recurre a subterfugios, no se hace a un lado, no se protege en un espacio de seguridad donde ponerse a buen resguardo, al contrario se expone y revela el misterio actuante que lo inunda.

Ante el primer desafío adopta una actitud terriblemente provocadora: detiene el ritmo de la liturgia sinagoga y le ordena a ese hombre en desgracia que se coloque en el centro de la sinagoga.⁴ Y que quede bien claro que Jesús no era ni Rabí, ni Jefe de la Sinagoga, ni especialista en la interpretación de las Escrituras Santas. La intención explícita de Jesús es patente: Aquí en la sinagoga, ahora, en día sábado, toca enfrentar lo que está al centro, lo que realmente importa en forma suprema: la situación de desgracia de este ser humano, miembro de la sinagoga y miembro del pueblo de Dios. ¡O nos definimos, o nos definimos! A esto se le llama: discurso performativo porque ese ser humano en desgracia ocupa y desempeña el papel de motivo central de definición identitaria. Todos los presentes, como asamblea reunida en nombre de Dios, tienen ante sus ojos una provocación que es imposible eludir porque está en el centro de la sinagoga.

Ya se pueden imaginar lo que haría el lenguaje cinematográfico: una toma lenta de todos los presentes moviéndose en los asientos y mirándose mutuamente; en primer plano con varios acercamientos el hombre del brazo paralizado mirando con ojos desorbitados a un Jesús a quien una intensa mirada le recorría el rostro y con una boca a punto de derramar verdades. Un silencio ominoso recorre todos los rincones de la sinagoga y los rostros de los presentes.

Este silencio lo rompe un cuestionamiento radical a base de una pregunta perentoria acompañada de dos dilemas. *¿Qué es lo que está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o matar?*

La pregunta no mira a obtener una información sino una declaración, una decisión que dé respuesta a lo que está en el centro de la reunión exigiendo una definición.

Los dos dilemas que pone Jesús ante la asamblea son radicales: no habla de hechos concretos que se pueden o no realizar, habla de actitudes fundamentales: el bien o el mal; salvar una vida o matar. Actitudes que se expresan en conductas pero que revelan lo que late dentro de la existencia religiosa profunda de los circunstantes como libertad que decide cuál es su campo de acción y definición.

Los dilemas no admiten ninguna tercera vía o un atajo para disolver su radicalidad. Ponen en juego de forma radical tanto la libertad como el pensamiento, la convicción profunda y la acción consecuente.

“Se quedaron callados”. La respuesta es decepcionante en sumo grado. Enmudecer, es respuesta ciertamente, pero es la pésima respuesta. Es cierto que algunas veces uno prefiere callarse ante preguntas estúpidas, pero aquí no es ese el caso.

El presupuesto social y antropológico de la guarda del sábado era mantener un pueblo en un buen nivel de pensamiento y de acción libre, es decir, un pueblo que cultivara la sabiduría. Entre paréntesis habrá que tener en cuenta que no son sinónimos escolaridad y sabiduría; esta nace de otros veneros que no coinciden inmediatamente con lo que sucede en las aulas de preparatoria o de universidad.

Quedarse callados ante el desafío de los dilemas planteados manifiesta claramente la perplejidad que experimentó la asamblea ante el cuestionamiento de Jesús. Los argumentos que normalmente se manejaban para tomar una decisión, en este momento, se esfuman porque pierden peso probatorio. Enmudecer ante un desafío que causa perplejidad es la más clara manifestación del miedo que uno experimenta ante la verdad que urge.

⁴ La arquitectura de las sinagogas era normalmente cuadrangular: Al fondo estaban los rollos de las escrituras santas en un nicho y el ambón desde donde se proclamaba la Palabra de Dios y se realizaba el comentario de la misma. Alrededor, pegado a las paredes había una fila de asientos donde las personas asistentes se colocaban; una fila especial para los hombres y las restantes para las mujeres y los chicos. Terminada la exposición del jefe de la sinagoga se desataba el diálogo en común y las discusiones.

Nos encontramos con un impasse, el diálogo social y religioso llega a tocar una aporía: ante la contundencia del planteamiento de Jesús cabría otra posibilidad que es pura honestidad: preguntar, seguir buscando, dejarse guiar, o simplemente aceptar la perplejidad con un claro: “no sé qué decir, pero puedo aprender” y, sin embargo, también esta posibilidad fue descartada con un silencio impenetrable. Dicho de manera respetuosa, pero clara, enmudecer intencionadamente ante un desafío es simplemente cobardía.

De paso, quiero mencionar que San Agustín de Hipona, a varios obispos del norte de África en el siglo IV-V d.C., les recriminaba su insensatez llamándolos: “Perros mudos” y se refería a que hablaban en demasía cuando no había problemas urgentes en el ámbito social; en cambio cuando se venían los grandes desafíos preferían enmudecer.

Lo peor de la reacción es que llegaríamos a una cuenta cero. Nos retiramos todos porque a fin de cuentas nada queda por hacer ante la situación actual, ya habrá otras posibilidades después, la escena narrativa aquí llega a un final insospechado: el miedo causa parálisis en el pensamiento, en la decisión y en la acción.

En la situación actual de nuestro país ante la Pandemia, la primera impresión que uno puede tener es que, en lugar de silencio o enmudecimiento, asistimos a una alharaca interminable que nace de las posiciones e intereses personales o grupales predeterminados. No hay manera de apaciguarlos porque es el estilo de nuestra desarrollada sociedad de la comunicación. Corremos el peligro a que apuntaba Gianni Vattimo, cuando afirmaba que, ante la casi infinita multiplicación de discursos, la realidad en lugar de hacerse más diáfana resulta ser mucho más nebulosa.⁵

Además existe, en contrapartida, el silencio de los inocentes, de las víctimas, de los sin voz, de los que llevan no una cuarentena, sino demasiados años, sufriendo en silencio sin que nadie o muy pocos acojan y atiendan a su reclamo. De paso una pequeña crítica a los dos autores citados, ni el uno ni el otro, toman en cuenta de forma decisiva en sus obras este espectro del silencio clamoroso de las víctimas del mundo entero al menos hasta ahora.

¿Qué pasaría si, por casualidad, llegara Jesús a nuestras tierras, pusiera en el centro de nuestra existencia social, a todos estos seres humanos a quienes les hemos paralizado su brazo derecho, es decir su derecho a determinar con dignidad el derrotero de su propia existencia; y nos preguntara: qué está permitido en México: hacer el bien o el mal; salvar una vida o matar?⁶

Por supuesto que no estoy inventando, cualquier lector avisado del texto Marcano, hace suyo de forma personal el reclamo de Jesús en los dos dilemas en que lo estructura. Ahí está entre nuestras manos esa piedra caliente, a ver qué hacemos con su calor que nos hiere.

Por cierto, que uno de los discursos más recurrentes desde hace semanas en el ámbito social de nuestro país es el siguiente, parafraseándolo: “Es urgente, impostergable salvar la economía del país, hay que echar a andar de nuevo el proceso productivo; sería una insensatez, por no decir locura, preocuparse de cosas secundarias cuando lo central tiene que volver a funcionar a todo vapor”. Es decir, hay que volver a poner en juego de forma irrestricta el esquema capitalista voraz, para que después de unos cuantos meses de recuperación, alcancemos un superávit en el PIB de la nación, y volvamos a recomponer con precisión el sistema neoliberal de exclusión: donde unos pocos se llevan las mayores y sustantivas tajadas y a las mayorías de la población las migajas apenas necesarias. Como dijo Atahualpa cantando: “*Unos trabajan de truenos y es para otros la llovizna*” ¿De quién nos hacemos cómplices, o a quiénes queremos reivindicar?

⁵ Gianni Vattimo. La sociedad transparente. Ed. Paidós. México, 2002. Y valdría la pena no olvidar las grandes aportaciones más actuales de Byung-Chul Han

⁶ El evangelista Lucas es quien precisa que el brazo atrofiado de aquel hombre era el derecho. La precisión está llena de repercusiones porque en el AT se afirma que Yahvé liberó a su pueblo con el brazo derecho extendido. Obviamente se trata de una metáfora, pero su insinuación es terrible: el brazo derecho no es un miembro de un ser humano, sino el mismo ser humano en su capacidad de hacerse dueño de su propio destino y así participar en la construcción de una historia donde haya caminos para hacer cierta y efectiva la Justicia. “*Tu derecha, Señor, impresiona por su fuerza, tu derecha, Señor, aplasta al enemigo. Extendiste tu derecha y los devoró la tierra*” (Ex 15, 6.12; es mejor leer todo el capítulo 15 del Éxodo)

3. Tercera Antítesis (A''- B'')

“Y echando sobre ellos una mirada llena de ira, dolido por la dureza de su corazón”. Esta es una de las pocas veces en que aparecen en los evangelios las emociones encendidas de Jesús.⁷ No es necesario recurrir a la psicología para tratar el tema, aquí estamos ante algo mucho mayor de corte teológico.

La mirada llena de ira es la manifestación concreta y personalizada de la Cólera de Dios, tema muy desarrollado en el A.T., sobre todo en los salmos y en la literatura profética. Cuando se habla de la cólera de Dios, de Yahvé, lo primero que se quiere relevar es lo siguiente: Yahvé echó a andar en la historia una alternativa de justicia y de vida; cuando los actores de desgracias: llamados en hebreo *reshaím*, normalmente traducido como *inícuos, malvados, o criminales*; estos seres humanos nacionales o extranjeros vuelven a instalar el caos social, político y, por tanto, religioso.

La cólera de Yahvé es la reacción en contra de las desastrosas acciones de los *reshaím* y descubre inmediatamente que el Señor de la Historia no se hace cómplice con las acciones de aquellos que desacralizan la vida de los seres humanos. Dios no está dispuesto a hacerse cómplice y a quedarse callado ante cualquier propuesta o actuación. Esa es la cólera de Dios y, por lo tanto, estamos ante un acontecimiento donde aparece con claridad de qué lado de la historia está Dios y de qué lado no puede estar porque Yahvé es el Justo.

Cito como muy iluminador al respecto algunos versículos del Sal 50 (49): “Al pecador le dice Dios: *¿Por qué recitas mis mandamientos y tienes en la boca mi alianza, tú que detestas la corrección y te echas a la espalda mis mandatos? Si ves a un ladrón, disfrutas con él, con los adúlteros te deleítas. En tu boca fraguas la maldad, con la lengua urdes engaños; te sientas a murmurar de tu hermano, a chismorrear del hijo de tu madre. Esto haces, ¿y voy a callarme? ¿Crees que soy como tú? Te acusaré y litigaré contigo*”. (vv. 16-21).

Esa es la Pasión de Dios nuestro Padre por la Justicia; esa Pasión late en la existencia de Jesús y al ver la reacción de la asamblea enmudeciendo, la manifiesta y la revela con su mirada llena también de ira al unísono con su Padre. No habrá que olvidar que es un acto de revelación donde podemos captar porqué a Yahvé se le llama el Señor de la Historia y, más tarde, también aparecerá en los títulos de Jesús cuando lo llamamos: Jesús, es el Señor.

La segunda frase amplía el espectro y precisa el motivo último: “**Dolido por la ceguera de sus corazones**”. Se trata de una frase típicamente hebrea que es necesario explicitar. La palabra *corazón*, en hebreo *leb*, no se refiere a un órgano del cuerpo humano como sucede en español en su primer significado real, en hebreo describe a la totalidad del ser humano como libre y responsable de sus propias acciones. No es una descripción anatómica, sino antropológica.

Si se habla de un corazón de piedra o endurecido se refiere inmediatamente al conjunto de reticencias que un ser humano maneja para no poner en juego su libertad y decidir cuál es su responsabilidad histórica en medio de su pueblo. Es como esconderse detrás de excusas para no tener que dar la cara al requerimiento que Dios mismo hace en relación con la vida del pueblo.

El dolor o sufrimiento que Jesús experimenta es por el descubrimiento patente de que un pueblo que nació para ser libre renuncie a su propia libertad cuando está desafiada por un problema que le atañe directamente. Se trata de una tristeza profunda, no porque ese pueblo reunido en asamblea en sábado defraude a Jesús, sino porque se defrauda a sí mismo en su raíz histórica: ser libres para mantener vigente la revelación de Dios.

⁷ Cuando la muerte de Lázaro, Jesús se estremeció y lloró de tristeza (Jn 11, 33-38); se estremeció ante la traición de Judas (Jn 13,21); se llenó de ira (Mc 1,41.43); suspiró profundamente (Mc 7,34; 8,12); Jesús lo miró fijamente y lo amó (Mc 10,21); y en el huerto de Getsemaní dice: “Me muero de tristeza” (Mc 14,34); pero también expresa emociones de gozo inmenso (Lc 10,21); la más común de todas es: Sintió compasión (Lc 7,13)

“Dijo al hombre: Extiende el brazo. Lo extendió y su brazo quedó normal”

Para Dios, el Padre de Jesús, la indefinición es imposible, y Jesús al unísono actúa inmediatamente para restaurar una existencia humana en desgracia. Da una orden, sólo la pronuncia e inmediatamente aquel hombre anónimo vuelve a recuperar la capacidad de ser dueño de su propio destino y proyecto de vida.

Una palabra, como la de Dios, que recrea, restaura y revela que el gozo de Dios consiste en devolver un hombre sano a su pueblo, es decir, abrir nuevos y verdaderos caminos para la existencia humana personal y social.

4. La terrible respuesta antitética

En el primer relato del paralítico, cuando recupera la salud, aunque están presentes los escribas, el pueblo reacciona y toma la estafeta: *“Todos quedaron llenos de asombro y glorificaban a Dios diciendo: Jamás habíamos visto algo así.”* Los verbos son clave: entrar en asombro, reconocer la presencia actuante de Dios y glorificarlo tomando la palabra para pronunciar lo increíble.

Aquí estamos en el polo opuesto. La asamblea reunida en la sinagoga desaparece del relato hundida en el silencio de la indefinición. No hubo ninguna voz que se atreviera a cantar las maravillas de Dios que resplandecían ante sus rostros y acariciaban sus manos.

Sin embargo, la segunda parte de la antítesis es terrible. Ahora aparecen los opositores de Jesús: los Fariseos y los partidarios de Herodes, es decir, el brazo religioso y el político aunados. ¿Qué los podía unir cuando su raíz social era divergente y sus propósitos contrastantes?

Los unió un pavor compartido: estaba ante sus ojos una alternativa en movimiento que ponía bajo juicio, o al menos en crisis, su papel social, y lo peor es que el hombre del brazo atrofiado estaba restablecido en su totalidad como persona pero no por ellos, sino por un ser humano desconcertante, Jesús el de Nazaret. ¿Qué hacer ante lo contundente de tal evidencia?

El acontecimiento que les desconcertó era teologal (el Padre revelándose a través de Jesús a favor del hombre del brazo atrofiado) y ellos decidieron no entrar en ese nivel de realidad, porque no contaban con argumentos tradicionales de mayor peso que pusieran en ridículo a Jesús ante el pueblo, presionarlo con verdades mayores de tal manera que el mismo pueblo lo declarara embaucador o engañador y lo apedrearán hasta que muriera. El peligro que corrían era grave porque el pueblo al ver que eran incapaces de refutar a Jesús, entonces los declararían irrelevantes, y así, perderían la influencia que tenían sobre el mismo pueblo; eso sería una terrible derrota social.

Prefirieron tratar el asunto a otro nivel y decidieron que harían las cosas de tal manera que nada cambiara en medio del pueblo, para ellos habría que restablecer lo normal, lo tradicional, es decir lo consabido. A esto se le llama simplemente manipulación: convirtieron un problema teologal en un asunto de corte político y social. Lo mismo pasará más tarde en Jerusalén, después de los cinco conflictos en Jerusalén, las autoridades decidieron manipular las convicciones y prácticas de Jesús que eran teologales y de corte mesiánico y se las presentaron al procurador romano como acusaciones políticas y sociales.

Para llevar a cabo tal decisión había al menos tres obstáculos:

1. Las muchedumbres del pueblo que seguían a Jesús, que con gozo lo escuchaban y lo habían convertido en un cimiento de esperanza de una vida más digna.
2. Los incondicionales de Jesús, los y las discípulos que lo seguían en su estilo de vida itinerante y ya eran muchos y bien conocidos por su extraña forma de comportarse.
3. El mismo Jesús quien ya había mostrado de forma consistente su inmensa libertad y su capacidad de provocación. A todas luces quebrantador de normas y de instituciones fundamentales como: el templo de

Jerusalén, las leyes de santidad, las leyes de pureza, la interpretación de la Torá, el día sábado, la sinagoga, cuando estaba en juego la posibilidad de una alternativa mejor a favor del pueblo.

Hubo muchos casos en que la situación para las autoridades religiosas y políticas se tornó complicada por el surgimiento de diversos líderes carismáticos populares antes y después de Jesús; en todos los casos, los líderes que congregaban diversos movimientos del pueblo fueron asesinados y sus seguidores se dispersaron.⁸

En todos esos casos, terribles desde el punto de vista del pueblo, se aplicó la misma lógica del poder, eso que hoy se suele llamar "Razones de Estado"; detrás de las cuales sólo se esconde una derrota implícita: **decidieron asesinar a esos líderes porque no pudieron convencerlos, de ningún modo, a cambiar de convicciones y de estilo de vida.** Esto suena rotundo especialmente con Juan el Bautista y con Jesús, cuyos discípulos no se dispersaron, sino que se reconstituyeron y se atrevieron a ir más allá de los límites existenciales que imponía el poder: morir antes de tiempo. Habían aprendido de manera radical que la vida, su vida, no estaba definitivamente en manos de sus perseguidores.

El desenlace suena trágico: **"Nada más salir de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con Jesús".** (3,6)

Creo que la mayoría de nosotros nos damos cuenta de que ese esquema fatídico también se aplica en México en circunstancias semejantes. Algunos grupos de poder, aunque diversos y con diferente dosis: políticos, económico-empresariales, intelectuales, periodistas, se arrojan bajo un mismo manto: la lógica del poder para mantener invariable un esquema socio-político-económico y proponerse como los verdaderos guías de la historia del pueblo de México.

Lo interesante es que la Pandemia del Coronavirus, más allá y dentro de tanta muerte a destiempo, los muchos mexicanos, hermanos nuestros que han muerto sin sentido, ha abierto otra brecha: ha desnudado mentiras, hechos ocultos, esquemas inconsistentes, complicidades encubiertas y estructuras caducas e inoperantes.

De repente, por una fuerza avasalladora, nos sentimos como en un marasmo y no atinamos dónde poner pie para echar a andar por un derrotero alternativo, creativo, propositivo. La repetición de las reacciones insulsas también llega a cansar y aumenta la densidad del atolladero en que nos encontramos.

Tal vez algunos o muchos de nosotros podríamos preguntarnos de forma un poco desmayada: ¿Dónde está Jesús hoy y aquí? ¡Ojalá se hiciera presente para poner un coto a tantos desmanes! La magia, el pensamiento mágico, por supuesto que no resuelve problema alguno ni del pensamiento, ni de la acción porque entregamos en otras manos nuestra responsabilidad histórica. Hoy más que nunca hay que afirmar, asentar y cultivar el pensamiento histórico como honesta audacia ante la realidad sea cual fuere.

A ninguno de nosotros se le ocurrirá esquivar el desafío: **"Donde dos o tres de ustedes estén reunidos en mi nombre, ahí estaré Yo en medio de ellos."** Dijo Jesús y habrá que asumirlo como tal.

Quiere decir que reunirse en el nombre de Jesús, es decir, constituirse en comunidad cristiana (Mesiánica) es el camino donde la presencia del Padre, de Jesús y del Espíritu Santo, habita la historia concreta de nuestra sociedad.

Dicho de manera más simple pero más comprometedora; la memoria viva de Jesús, este Jesús de los conflictos, sigue vigente y actuante a través de cada uno de nosotros y en comunión con nuestros hermanos.

⁸ Cfr. Gerd Theissen. El Movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de los valores. Ed. Sígueme. Salamanca, 2005. El autor cita varios líderes y movimientos grupales: Simón y Atronges (4 a.C.) Judas Galileo (6 d.C.) quien además era un maestro religioso. Juan el Bautista, Jesús de Nazaret (28-30 d.C.). El profeta Samaritano (20-30 d.C.) que con sus seguidores fueron masacrados por Poncio Pilato. Los profetas de signos (45-50 d.C.). Los romanos intervinieron y todos esos profetas fueron asesinados. pp. 100-110

No nos vaya a suceder por ningún motivo que, como le sucedió a la asamblea reunida en sábado, ante el cuestionamiento de Jesús, optemos por enmudecer.

Conclusión

Ya logramos ver y aquilatar la fuerza interna de los relatos de los cinco conflictos de Jesús; hemos trabajado el primer nivel: Lo que Jesús quiso decir, lo que provocó y las respuestas que le dieron en su propio contexto en Galilea.

Ahora tendremos que ir un poco más allá. En primer lugar, tenemos que lograr una visión de conjunto del significado de estos conflictos en la totalidad del Evangelio de Marcos.

Finalmente, de especial importancia, es descubrir la Intencionalidad de Marcos al escribir el Evangelio para las comunidades de Roma sobre los años 70 de nuestra era.

Octavio Mondragón Alanís, C.P.
Ciudad de México
Junio de 2020